

EL FUTURO DEL SELLO

Pasan los años y el tráfico postal es cada vez más intenso. Se está llegando a tal magnitud que los centros de distribución de correspondencia son inmensos edificios en donde un enjambre de empleados se afanan en ordenar aquella. Si tal labor la tuvieran que hacer como hace años, es decir, de una forma totalmente artesana, a mano, no habría horas bastantes de trabajo para llevarla a cabo. Gracias a que hoy día la mecanización logra que un aparato realice el trabajo de varios hombres; que un funcionario manejando una máquina, en ocho horas de hacer por día, efectúa una función que antes eran necesarias hasta una docena de personas para sacarla adelante.

Si el tráfico postal, y por tanto la correspondencia, es cada día mayor, sin embargo el número de sellos necesarios para franquear la misma no ha aumentado en la misma proporción.

La razón de ello es bien sencilla. Actualmente, debido a lo que anteriormente hicimos referencia —la mecanización—, para franquear cartas o cualquier otra clase de correspondencia no se emplean los sellos, sino unas improntas que imprime una máquina, las cuales llevan un cajetín en donde figura la tasa de porteo correspondiente. Como es fácil suponer, nos estamos refiriendo a las máquinas de franquear.

Estas máquinas las emplean fundamentalmente aquellas empresas particulares u organismos de la Administración que diariamente ponen en el correo una cifra importante de correspondencia. Y como es lógico, por este sistema de franqueo se ahorra al cabo del año una cantidad de efectos postales, que para un amplio número de países son cifras de muchos millones de unidades.

En España, el número de máquinas franqueadoras supera ya la cifra de las diez mil. Es una cantidad todavía muy limitada, pero en otros países, y concretamente en los Estados Unidos, se habla de que actualmente del orden del 50 por 100 de la correspondencia cursada por sus oficinas postales va franqueada con estas improntas, estampadas por una máquina franqueadora.

El constante aumento de este tipo de franqueo de la correspondencia da como resultado una disminución de la fabricación

de sellos en todo el mundo, pero no significa un daño a la filatelia, pues los países siguen emitiendo cada año el mismo número —más o menos— de series especiales o conmemorativas, pero lo que sí limitan es la fabricación del sello de tirada ilimitada, que tiene en realidad valor a efectos filatélicos.

Mas esta situación de mecanización de los franqueos aumentará de una forma ostensible en el futuro, pues dados los sistemas electrónicos y programadores, llegará el día en que el usuario del correo irá a una oficina postal, pondrá su carta en una máquina, pulsará unos botones, la máquina leerá la dirección del sobre y al momento indicará la cantidad que se tenga que introducir por una ranura, en moneda metálica, para que dicha carta se franquee y sea expedida. Esto, que hoy día parece como una elucubración, será realidad, como vulgarmente se dice, «a la vuelta de la esquina». Pero a pesar de esta nueva modalidad de franquear, el sello seguirá existiendo.

Y seguirá existiendo porque está por medio «la gallina de los huevos de oro», lo cual significa, en un aspecto, un beneficio para un Estado, que gana sus fabulosas cantidades con la venta de sellos a los coleccionistas, y también porque los coleccionistas exigirían que se hicieran sellos con el fin de seguir aumentando sus colecciones.

Ya se ha dado el caso de un país que intentó suprimir los sellos, pero sus autoridades postales demostraron a sus autoridades políticas que si tal cosa se hacía se evaporaría una fuente de divisas, por lo cual se tomó el acuerdo de hacer sellos para la *exportación*, más que para el uso de su correo.

Por tanto, se puede llegar a la conclusión de que a pesar de todos los adelantos imaginables o inimaginables, el sello, por ahora, no hay una posibilidad de vislumbrar que desaparezca, con gran contento de los coleccionistas.

Pero éstos, aun en el caso de que tal cosa ocurriera, son lo suficientemente sagaces como para adaptarse a las situaciones que se les planteen o se les impongan, y así, si no se les da sellos, buscarán el procedimiento de coleccionar aquello que sustituya a éstos. Y así ya está resultando que hay muchos interesados en el colec-

cionismo de estas improntas, estampadas por las máquinas de franquear.

Como en todo en la vida, hay sus filias y sus fobias, hay unos que dicen que es atractiva esta nueva modalidad del coleccionismo filatélico y, en cambio, hay otros a los que no se les puede ni mencionar dichas improntas, pues no les dan ni la más mínima audiencia.

Pero, a pesar de todo, se coleccionan, e incluso entre nosotros ya se han celebrado exposiciones sobre las mismas. De lo que no hay duda, y en esto ha de darse la razón a los de la fobia, es de que son de una monotonía inaguantable, pero por otra parte, si se las contempla bajo el aspecto de rareza, ya, incluso dentro de España, se da el caso de que algunas no hay formas de encontrarlas.

El ejemplo es bien claro: como bien se sabe, cada empresa que solicita de la Dirección General de Correos y Telecomunicaciones el uso de una máquina de franquear, recibe un número o matrícula. Si se da el caso de que dicha empresa o sociedad desaparece o no sigue con la autorización concedida, el número de matrícula que recibió no pasa a otra empresa; tal número desaparece, se anula. Por tanto, hoy ya es difícil encontrar una impronta de esa empresa.

Otro caso es el que emplean laboratorios farmacéuticos, empresas editoras o de distribución de películas, pues las mismas, como tienen autorización para colocar junto a los datos gráficos indispensables que exige la Dirección General de Correos y Telecomunicaciones, hay otros, y en ellos hoy anuncian el último producto que acaban de lanzar al mercado, pero dentro de una temporada, al comercializar otro, es éste el que anuncian. Las editoras hacen lo mismo y también las empresas distribuidoras de películas. En este caso concreto, conocemos una firma italiana, que guardar todas sus improntas, es saber los títulos de cuantas películas han proyectado a lo largo de una temporada.

Todo esto tiene su interés para el coleccionista, pues éste, en su afán de encontrar cuantas más cosas distintas o que se salgan de lo corriente, busca y rebusca por todas partes, para expresar en su colección su psicología, su gusto o su sentido artístico.

Por tanto, en lo que afecta a las improntas producidas por máquinas franqueado-

ras, no se puede tomar una posición radical, sino, como es lo usual, una posición de comprensión, del mismo tenor que lo que estamos hoy día observando, que hay personas a quienes no les agrada más que aquellos sellos llenos de colores y repudian el sello clásico —calificándolo de monotonía— y, en cambio, hay quienes no admiten más que el sello clásico y desprecian esos llenos de colores.

Por consiguiente, en esto no hay que adoptar posiciones absolutas. A unos les agrada y a otros no.

Mas volviendo al sello de correos, sobre éste influye de una forma permanente todo aquello relacionado con las Artes Gráficas. Estas avanzan y avanzan constantemente, de una forma segura y consiguiendo resultados que cada vez alcanzan mayor cota o altura.

En los años en que comenzó la existencia del sello, éste se fabricaba por el sistema vulgarmente llamado grabado en acero, y técnicamente, calcografía; y también por otro sistema, hoy casi completamente eliminado, como es la litografía. Grabados son los primeros sellos británicos, litográficos son los primeros sellos españoles, y, sin lugar a dudas, aquellos hombres que por los años cincuenta y siguientes del siglo pasado estamparon nuestro sellos eran, por una parte, unos consumados artistas, y por otra, unas personas con un nivel técnico digno de toda alabanza.

Aquellos artistas, como eran Bartolomé Corominas, José Pérez Varela, Eugenio Juliá y Jover, etc., no han recibido todavía el homenaje que bien merecen por parte de los filatelistas españoles. Y es más, hasta no hace mucho tiempo, quienes estudiaron con todo detenimiento las obras que realizaron fueron publicistas extranjeros, como el belga Moens, el alemán Friedrich, etc., con la sola excepción de Fernández Duro, cuya obra, a pesar de los años transcurridos, sigue siendo indispensable para conocer con detenimiento el sello clásico español y que es necesario reeditar, para bien de nuestro filatellismo, al igual que recientemente se ha hecho por la firma Filatelia Llach, de Barcelona, con ese trabajo sensacional, que, con toda humildad, con una paciencia digna de cartujo y sin ayuda de ninguna institución realizó el doctor Tort.

En la actualidad, el sello se puede fabricar de las siguientes formas: aún por el sistema litográfico, o por calcografía, o en huecogrado, o en offset, o por ese sistema ideado en Gran Bretaña, denominado delacryl, cuyos resultados, si bien por ahora son efectivos, sin embargo aún es demasiado pronto para valorarlos completamente, en especial en lo que respecta al sello. La cuestión es que hace unos años, para varios países de la comunidad británica se fabricaron sellos por este sistema, pero en la actualidad el número de ejemplares confeccionados es bastante limitado.

Es interesante conocer el proceso seguido para la fabricación de un sello, y, por tanto, se dan a continuación unas ideas básicas de cómo se hace según los distintos sistemas.

El sistema litográfico, o estampación por litografía, lo detalla así el Diccionario enciclopédico abreviado de Espasa-Calpe: «Arte de dibujar o grabar en piedra preparada al efecto, para multiplicar los ejemplares de un dibujo o escrito. Es un procedimiento de impresión en el que la tinta se adhiere a una imagen en una superficie plana absorbente, desde donde se traslada al papel. En un principio, esta superficie era de piedra, pero hoy es invariablemente aluminio o cinc. Inventado hacia el año 1796 por el impresor alemán Luis Senefelder (1771-1834), este proceso puede dividirse en dos, que corresponden a otros sistemas de aplicación, a saber: cromolitografía y fotolitografía. En el primero (que es el método originario), la imagen se traza a mano en la superficie de impresión; en el segundo, la imagen del original se traslada fotográfica y mecánicamente a la superficie de impresión. La litografía se funda en la falta de afinidad entre la grasa y el agua. Si tomamos una piedra litográfica y dibujamos sobre ella una figura cualquiera, con lápiz o tinta grasos, y la bañamos en ácido nítrico al diez por ciento, el ácido atacará el carbonato de cal que constituye la piedra, formándose nitrato de cal, que permanece en la superficie atacada y el cual cierra todo acceso a nuevas adherencias de grasa, destruye la propiedad original de la piedra o, mejor aún, localiza aquella propiedad en los puntos no atacados por el ácido y aumenta considerablemente la facultad higroscópica de la superficie atacada;

pero en las zonas cubiertas con tinta o lápiz grasos se descomponen en presencia del ácido, formándose un jabón calcáreo y un ácido graso que se adhieren fuertemente a la piedra y fijan definitivamente una zona de completa afinidad con toda grasa.»

Por lo que respecta al huecogrado, dicho Diccionario lo explica en menos palabras, pues únicamente especifica: «Moderno sistema fotomecánico por medio del cual se reproduce toda clase de fotografía. Su nombre proviene de que, en las planchas, la tinta se deposita en cavidades más o menos profundas de las mismas, en vez de impregnar las partes salientes como se hace en el fotogrado o en la fotocopia.»

Por lo que respecta a la impresión en offset, don Manuel Gálvez, en aquel fenomenal *Catálogo especial de sellos de Correos y Telégrafos de España, colonias y ex colonias*, que editó en 1933 y que es un extraordinario libro de consulta, al referirse a esta forma de estampación dice:

«La impresión en offset quiere decir que los clisés o tipos no imprimen directamente sobre el papel, sino que la impresión se efectúa en un rodillo de goma que pasa por encima de la composición o plancha y toma la tinta, y a su vez este rodillo pasa sobre el papel efectuando la impresión y de esta forma nunca puede dejar huella y sale completamente lisa y homogénea.»

En último lugar, nos referimos al sistema «reina» de las Artes Gráficas, la calcografía o estampación en plancha de acero. Aquí el sistema es complicado y difícil, siendo su proceso de este tenor: a base de un dibujo, el grabador pasa por medio de un buril el dibujo a una plancha de acero, sin endurecer, la cual, una vez terminada la incisión, se endurece. Luego, en un rodillo y a base de presión, se transfiere el dibujo de la plancha. En el rodillo, para mayor seguridad, no sólo se hace una reproducción, sino tres. Una vez hecho el transferido, el rodillo a su vez se endurece y entonces se le coloca en una máquina que a base de un movimiento de va y ven, se transfiere de nuevo al dibujo hecho a la plancha que servirá para hacer la estampación. Esta última operación es delicadísima, como las anteriores, y se reproduce hasta veinticinco veces el grabado, en el caso de

los sellos españoles (pues en otros países la reproducción llega incluso hasta cien y ciento veinticinco veces). Luego, a esta plancha se le da la forma de «teja» para acoplarla a la máquina de imprimir, ya que ésta funciona con rodillos, y una vez que se le ha dado la forma curvada también es endurecida el acero con el cual está fabricada. Una vez terminada esta operación, se entrega a la máquina que va a hacer la estampación. Es, pues, este sistema lento y, como bien puede suponerse, realizado por unos hombres con una capacidad técnica muy alta, a los cuales hay que unir al maestro grabador que ha realizado la plancha original.

Como hoy día conseguir nuevas vocaciones dentro del arte del grabado, unido ello a su lentitud y alto costo, resulta difícil, cada vez se hacen menos sellos por este sistema. Sin embargo, hay países que mantienen una larga tradición en este aspecto, pudiendo los mismos agruparse en varios estadios, pues hay unos que mantienen el sello grabado a ultranza, como ocurre con Austria, Checoslovaquia, Suecia y Dinamarca, principalmente; otros que ya empiezan a flaquear y, por tanto, se ven abocados a tener que hacer cada vez menos sellos por este sistema; y finalmente, aquellos que prácticamente lo han abandonado, cuando en otros tiempos fueron los que impusieron unas normas o unos módulos, siendo el caso más característico el de Gran Bretaña, que después de haber realizado no sólo sus sellos, sino los de sus colonias, por este sistema, hoy día raro es el que así efectúa.

Naturalmente, los sistemas de estampación han influido decisivamente en los gustos de una amplia mayoría de coleccionistas, pues en la actualidad los mismos son más partidarios de aquel tipo de sello en donde se usa una amplia gama de colores, con lo cual se consigue lo que tales coleccionistas pretenden, cual es una vistosidad. No hay duda de que, en algunos casos, esta proliferación de colores es conveniente, como por ejemplo, y principalmente, en aquellos sellos dedicados a la temática de Pintura. Así tenemos que en una pequeña superficie se reproduce con toda exactitud un lienzo; en los casos de los sellos de flores ocurre otro tanto, etcétera.

Pero hay también otro grupo de colec-

cionistas que siguen sosteniendo que la contextura del sello está supeditada a unas normas o cánones, y de ahí todos los que siguen entusiasmados con el sello clásico, del cual, sin duda alguna, se obtienen deducciones de primera magnitud en el sentido artístico.

Como en esta cuestión de gustos no hay nada escrito, cada uno colecciona o tiende a montar su colección según sus tendencias, y de ahí esa maravillosa cualidad del coleccionismo de los sellos, en donde hay una amplitud tal de sistemas para llevar adelante esta afición, la cual al mismo tiempo es ciencia y arte que puede cubrir las apetencias de la persona con los gustos más extraños o raros que uno pueda figurarse. Esta amplitud de variedad del filatelo es lo que le da su inmensa personalidad, una personalidad que cada vez tiene panorámicas más amplias y con mayores posibilidades.

Por tanto, el sello tiene un futuro y ese futuro, en lugar de verse con el paso de los años más estrecho y con menos posibilidades, es al contrario cada vez mayor, con una gama tal de condicionamientos que ha de afirmarse de una forma rotunda que cada vez la filatelia se impondrá como el tipo de coleccionismo que tendrá siempre el mayor número de adeptos en todo el mundo.

Para todos aquellos que en estos momentos nos podemos autocalificar como veteranos del filatelo, que estamos inmersos dentro del mismo desde hace treinta, cuarenta o más años, cuando miramos hacia atrás recordamos con una sonrisa en los labios cómo era el coleccionismo de los sellos allá por los años treinta o cuarenta... y cómo es ahora. Y el mejor ejemplo está en ir un domingo por la mañana a esa hermosa Plaza Mayor de Madrid y recordar que cuando en los años treinta tenía otra contextura, con sus amplios andenes en donde se daban cita cuantos de los pueblos acudían a Madrid, con sus vías de tranvías que la circundaban, etc., unos cuantos se reunían alrededor de la estatua de rey Felipe III, para hacer sus entonces pequeñas transacciones... y hoy, en cambio, con esa urbanización actual de esa plaza, bella a más no poder, cuantos allí están es por, para y en razón de un trocito pequeño de papel, llamado sellos de correos.